

Jack Ketchum

LA CHICA DE AL LADO

Traducción de
María Pérez de San Román

Introducción de
Brian Keene

LA BIBLIOTECA DE CARFAX



2020

CAPÍTULO UNO

¿Crees que sabes lo que es el dolor?

Habla con mi segunda mujer. Ella lo sabe. O cree que lo sabe.

Cuenta que una vez cuando tenía diecinueve o veinte años se metió en medio de una pelea de gatos —el suyo y el de un vecino—, y que uno de ellos la atacó; la trepó como si fuera un árbol y le desgarró los muslos, los pechos y la barriga, dejando marcas visibles a día de hoy. La asustó tanto que cayó de espaldas contra la alacena de finales del siglo XIX de su madre, le rompió su mejor tortera de cerámica y se despellejó quince centímetros de piel de las costillas mientras el gato la atacaba de nuevo, todo dientes y garras y escupitajos de furia. Treinta y seis puntos creo que dijo que le dieron. Y tuvo una fiebre que le duró días.

Mi segunda mujer dice que eso es dolor.

Esa mujer no sabe una mierda.

Evelyn, mi primera mujer, quizá haya estado más cerca.

Hay una imagen que la acosa.

Está conduciendo un Volvo de alquiler por una carretera resbaladiza de lluvia en una cálida mañana de verano, su amante a su lado; lo hace con cuidado y despacio, porque sabe lo

traicionera que puede ser la lluvia recién caída en el asfalto caliente, cuando un Volkswagen la adelanta y derrapa en su carril. El parachoques trasero con la matrícula «Vive libre o muere» patina para besar su rejilla. Casi con suavidad. La lluvia hace el resto. El Volvo se tambalea, vira, se desliza hasta el terraplén y, de repente, ella y su amante están cayendo a través del espacio, ingravidos y girando, y arriba es abajo y entonces abajo es arriba y después otra vez abajo. En algún momento el volante le rompe el hombro. El espejo retrovisor le fractura la muñeca.

Luego todo se detiene y ella está mirando hacia arriba, hacia el embrague sobre su cabeza. Busca a su amante, pero él ya no está allí; ha desaparecido, es magia. Encuentra la portezuela del lado del conductor y la abre, se arrastra fuera sobre la hierba mojada, se pone en pie y mira a través de la lluvia. Y esta es la imagen que la acosa: un hombre que parece un saco de sangre, desollado, despellejado vivo, tumbado delante del coche en medio de una mirada de cristales rotos salpicados de rojo.

Este saco es su amante.

Y es por esto por lo que está más cerca. A pesar de que bloquea lo que sabe, a pesar de que es capaz de dormir por las noches. Sabe que el dolor no es tan solo una cuestión de dolor físico, de su cuerpo sorprendido que se queja ante una invasión de la carne.

El dolor puede actuar desde fuera.

Quiero decir que, a veces, lo que ves es dolor. Dolor en su forma más pura y cruel. Sin drogas ni sueño ni conmoción o inconsciencia que lo amortigüen.

Lo ves y lo asimilas. Y entonces se convierte en ti.

Eres el portador de un largo gusano blanco que roe y come, que crece llenándote los intestinos hasta que al fin toses una mañana y aparece la ciega y pálida cabeza del bicho que se te desliza fuera de la boca como una segunda lengua.

No, mis esposas no saben nada de eso. No exactamente. Aunque Evelyn se acerca.

Pero yo sí lo sé.

Vas a tener que fiarte de mí en esto, para empezar.
Lo sé desde hace mucho tiempo.

Intento recordar que todos éramos unos niños cuando aquello ocurrió, unos críos que apenas habíamos dejado de usar nuestros gorros de piel de mapache a lo Davy Crockett; por el amor de Dios, no habíamos crecido del todo. Es demasiado duro pensar que lo que soy hoy es lo que era entonces, solo que ahora está oculto y camuflado. Los niños tienen una segunda oportunidad. Me gusta creer que estoy aprovechando la mía. Aunque después de dos divorcios, ninguno de ellos bueno, el gusano tiende a roer un poquito.

Aun así, me gusta recordar que eran los años cincuenta, una época de extrañas represiones, secretos, histeria. Me acuerdo de Joe McCarthy, a pesar de que apenas recuerdo pensar en él en absoluto en aquel entonces excepto para preguntarme qué era lo que hacía que mi padre se apresurara a llegar a casa después del trabajo cada día para ver las vistas públicas del comité en la televisión. Me acuerdo de la Guerra Fría y de los simulacros antiaéreos en el sótano del colegio y de las películas que veíamos sobre pruebas atómicas: maniqués de grandes almacenes implosionando, volando en pedazos a través de réplicas de salas de estar, desintegrándose, ardiendo; de revistas como *Playboy* y *Man's Action* envueltas en papel cebolla y escondidas cerca del arroyo, tan mohosas después de un tiempo que te daba asco tocarlas. Me acuerdo de Elvis, denunciado por el reverendo Deitz en la iglesia luterana de Grace cuando tenía diez años, y de las revueltas rockanroleras de los programas de Alan Freed en la Paramount.

Me digo a mí mismo que sucedía algo raro, algún magnífico forúnculo americano estaba a punto de explotar. Que era algo que pasaba en todas partes, no solo en casa de Ruth, sino en todas partes.

Y a veces eso lo hace más fácil.

Lo que hicimos.

Ahora tengo cuarenta y un años. Nací en 1946, diecisiete meses después de que lanzáramos la bomba sobre Hiroshima. Matisse acababa de cumplir los ochenta. Gano ciento cincuenta mil al año en Wall Street. Dos matrimonios, sin hijos. Una casa en Rye y un apartamento de empresa en la ciudad. Uso limusinas para desplazarme, aunque en Rye conduzco un Mercedes azul.

Puede que sea que estoy a punto de casarme otra vez. La mujer que amo no sabe nada de lo que estoy escribiendo aquí, como tampoco lo supieron ninguna de las anteriores, y no estoy seguro de si tengo intención de contárselo en algún momento. ¿Por qué debería? Tengo éxito y buen carácter, soy generoso y un amante cuidadoso y considerado.

Y nada en mi vida ha estado bien desde el verano de 1958, cuando Ruth y Donny y Willie y el resto de nosotros conocimos a Meg Loughlin y a su hermana Susan.